

contra él los huesos de su ilustre padre (1). Si, pues, Pitt hizo una guerra implacable á la Francia, no es por odio al nombre francés. No es tampoco por odio á los principios del 89. En los primeros años de la Revolución estaba decidido á permanecer neutral. Todavía á la fecha del 7 de Noviembre de 1792, lord Grenville escribía á su hermano: "No haremos nada," (2). Esto era después del 20 de Abril, después del 2 de Septiembre, en vísperas del juicio de Luis XVI. La Inglaterra se reconcentra en sí misma y permanecía espectadora de los excesos revolucionarios. ¿Por qué abandonó Pitt la neutralidad por la guerra? Cuando vió que la Revolución, de pacífica que era, se convertía en conquistadora. Si hay una censura que dirigirle, es la de que no haya aceptado la oferta de una alianza que le hizo la Francia revolucionaria. Era demasiado Inglés para comprender el lado humano de la Revolución y para asociarse á él.

§ III.—La moralidad de la coalición.

I

Sabemos lo que querían los coligados; por esto mismo la coalición está juzgada. Cada una de las potencias extranjeras tenía su ambición, que perseguían bajo la máscara del bien general de la Europa. En este sentido, el reproche de hipocresía que un historiador francés dirige á la Inglaterra puede aplicarse á todos los soberanos. Todos eran *tartufes*, todos mentían en sus manifiestos. La historia no censurará nunca con demasiada severidad la política de invasión que guiaba á la coalición. Lanzar á la Europa en las desgracias incalculables de una larga guerra bajo pretextos más ó menos especiosos, y, en realidad, para aprovechar los desórdenes de la Francia, como los vecinos de la Polonia habían explotado las disensiones de la república, tal era el fin de la coalición. Nada más obcecado que el interés personal. Los reyes no sabían cuál era el poder del monstruo revolucionario que atacaban. Contaban con repartirse la piel del león ó pescar en río revuelto, y se encontraron con que

(1) LORD STANHOPE, *William Pitt y su tiempo*, traducido del inglés y precedido de una introducción por Mr. Guizot, t. 1, páginas XIII y XIV.

(2) Fox, *Memorials and correspondance (Revue des Deux Mondes)*, 1856, t. 1, p. 167.

sus propios Estados fueron invadidos y divididos en pedazos. Si concluyeron por ser vencedores, no es á ellos á quien debieron la victoria; fué á los excesos del representante infiel de la Revolución; para abatirla, se vieron precisados á invocar los mismos principios de libertad y de independencia contra los cuales se habían coligado después del 89. Pero si restauraron sus Estados, no restauraron la monarquía absoluta. La Revolución, aunque vencida, fué victoriosa, y aun prosigue el curso de sus conquistas.

Si la coalición debe vituperarse cuando se considera el miserable objeto que perseguían los reyes coligados, se la debe también condenar cuando se toman por lo serio los manifiestos del 92 y del 93. No hay que confundir la primera alianza que se formó contra la Revolución con las coaliciones que la Europa, amenazada de una monarquía universal, opuso á las invasiones de Napoleón. La guerra del 92 se hizo contra un pueblo que había renunciado solemnemente á toda conquista. Era, en apariencia, una guerra de principios. Pues bien, aun ateniéndose al disfraz, hay que reprobar la empresa de los coligados. Su liga era una liga impía, porque se hacía en nombre de los intereses de los príncipes contra los derechos de la humanidad. En el momento mismo en que los coligados atacaban á la Francia, la filosofía reprobaba su empresa, por el órgano de Condorcet. Escuchemos la sentencia, pronunciada en nombre de los derechos del hombre, contra los que invocaban un pretendido derecho divino.

Según los reyes coligados, dice Condorcet, su autoridad sería independiente de la voluntad de los pueblos. El género humano sería, pues, el inalienable patrimonio de una docena de familias. Para usar este insolente lenguaje, es preciso que la tiranía crea que es incurable la estupidez de los pueblos. Durante largo tiempo han adorado á los príncipes como á seres sagrados; la Revolución ha colocado á los reyes en su lugar; no son más que unos hombres sometidos á las leyes emanadas de la voluntad nacional. Los acentos de la libertad penetrarán por todas partes, porque pertenecen á todas las lenguas (1). "Hombres de todos los países, escuchad cuáles son los principios que vues-

(1) CONDORCET, *la República francesa á los hombres libres* (Obras, t. XII, p. 113, edición de Arago).

tros amos persiguen á sangre y fuego: la soberanía inalterable del pueblo, los derechos del hombre, la libertad, la igualdad naturales. Vuestros príncipes temen, dicen, el contagio de nuestros principios. Quieren destruirlos en Francia, por miedo que no se propaguen por Europa. ¿No es esto declararse los enemigos del género humano? ¿No es esto decir á los hombres: No tendréis más libertad que la que esté en nuestro interés el dejaros?," (1).

Hubo sobre esas pretensiones del antiguo poder real un juicio de Dios, y para hacerlo más solemne, Dios tomó como jueces los reyes mismos que habían ultrajado la naturaleza humana, negándole sus derechos imprescriptibles. Poderosas coaliciones habían tratado en vano de destruir la monarquía universal que Napoleón levantó sobre las ruinas de la república. En 1813, los pueblos oprimidos se sublevaban, se apoyaban para derribar al coloso; y lo conseguían. ¿Cuál es la bandera de esta nueva coalición? Libertad, derechos del hombre, independencia de los pueblos. Es la bandera del 89. Y ¿qué dicen, en 1813, los reyes coligados contra la libertad y la independencia de la Francia revolucionaria? Inscriben esas palabras sagradas en sus manifiestos; á su vez se hacen revolucionarios, para ensalzar lo que habían condenado. Son los culpables mismos que pronuncian su sentencia.

Si, la coalición era en su esencia una contrarrevolución. Que los coligados estuviesen ó no á la altura de su papel, ¿qué importa? La aristocracia inglesa da la mano á la Europa monárquica para combatir los principios que pusieron fin al régimen de la aristocracia tanto como al de la monarquía absoluta. La Inglaterra se hace contrarrevolucionaria, ella que procede de dos revoluciones; la Inglaterra combate la libertad, ella que practicaba la libertad desde hace siglos y que la había enseñado á los librepensadores de Francia. ¿Qué contradicciones! De pronto, está uno tentado á decir que Pitt hacía la guerra á la falsa libertad, en nombre de la verdadera libertad. No, la contradicción es real. Uniéndose á la coalición, la Inglaterra, quisiera ó no, se hacía contrarrevolucionaria. Pitt no cesó de decir que no se alcanzaría el fin de la coalición

(1) CONDORCET, *la Nación francesa á todos los pueblos* (Obras, t. XII, p. 508).

sino cuando los Borbones estuvieran restaurados en el trono. Y ¿significaba libertad el nombre de los Borbones? Balucearon esta palabra en 1814; pero la libertad y los Borbones eran tan poco compatibles, que quince años después, el hermano de Luis XVI volvió á tomar el camino del destierro.

Colocándose bajo el punto de vista providencial, puede decirse que la lucha entre el viejo mundo y el nuevo era inevitable; puede decirse que los reyes coligados eran los instrumentos ciegos de la Revolución, que gracias á su lucha insensata los principios del 89 se esparcieron en Europa. Pero los designios de Dios no justifican á los hombres. En el 92, los reyes coligados no pensaban ciertamente en ser los defensores de la libertad; si los emigrados hubieran sido vencedores, hubiesen hecho una contrarrevolución tan sangrienta como el Terror del 93, y el advenimiento de la libertad se hubiese aplazado un siglo. Según el fin confesado por la coalición, hay que juzgar á los coligados. Ese fin es tan condenable como son dignas de desprecio las miras secretas y la ambición oculta de los soberanos. La historia confirmará la sentencia de Condorcet, diciendo que la coalición es un crimen de lesa humanidad.

II

La coalición es el principio de la reacción contra las ideas del 89. Estamos siempre empeñados en ese movimiento de retroceso. Es, pues, natural que los primeros reaccionarios encuentren celosos defensores. Los unos niegan que la Europa monárquica haya tomado la iniciativa de la lucha; esto es achicar la coalición á la vez que alterar los hechos. Es inútil detenernos en esta apología, la más torpe de todas; hemos contestado á ella de antemano restableciendo la verdad histórica. Otros apologistas, confundiendo los tiempos, honran á los coligados de 1792 con los sentimientos que veinte años después sublevaron á los pueblos contra Napoleón. Á sus ojos, la Revolución y el imperio son solidarios. Hasta la Revolución es la más culpable, porque, pisoteando todo derecho, toda justicia, conmovió la Europa en sus cimientos y no dejó nada de pie más que la fuerza. La coalición, se dice, es la reacción del derecho histórico contra principios que tendían á la república universal ó á la monarquía universal; poco importa la palabra,

la cosa es la misma: es la destrucción de toda libertad y de toda independencia tanto como la violación de todos los derechos adquiridos.

A esos apologistas del antiguo poder real oponemos los hechos y proezas de aquel mismo que se armó para el mantenimiento del derecho en Francia. El 21 de Enero, Luis XVI subió al cadalso, y el 22 de Enero, la Rusia y la Prusia firmaron en San Petersburgo el segundo reparto de la Polonia. ¿Para qué se habían coligado las potencias del Norte contra la Francia? Para proteger la justicia y la moral, dice el duque de Brunswick en su manifiesto, y Pitt repitió las mismas frases en el parlamento de Inglaterra. Veamos a los coligados en su trabajo en Polonia, y nos dirán cuál era su respeto por el derecho.

Catalina, llamada la Grande sin duda por sus grandes crímenes, vivía aún. Es casi trabajo perdido el caracterizar su política: todos aquellos a quienes les queda un átomo de sentido moral están unánimes en mancillarla. Hay un historiador alemán que, en su natural bondad, supone que la zarina tuvo escrúpulos de conciencia cuando se decidió a hacer el segundo reparto de Polonia; lo supone, dice, porque si hubiese obrado sin remordimientos, sería preciso decir que tenía más de demonio que de hombre (1). La conducta de Catalina hará creer efectivamente en la existencia de esos seres malignos que hacen el mal por el placer de hacerlo. No tenía el más ligero pretexto para intervenir en Polonia; no pudiendo presentarse como enemiga, tomó las maneras y el lenguaje de una amiga, de una protectora, protestando a cada paso que no pensaba en apropiarse porción alguna del territorio de la desgraciada república. Sus actos fueron lo contrario de sus palabras.

Pero ¿por qué hacer de la zarina el portaestandarte en el segundo acto de un crimen que tuvo por cómplices a la Prusia y al Austria? Hay que tener una buena dosis de patriotismo prusiano para excusar a Federico Guillermo. El bandolerismo es el mismo, y la perfidia no deja nada que desear. Cuando la Polonia hizo su revolución en 1791, el rey de Prusia dió una aprobación estrepitosa a la nueva constitución; hasta contrató una alianza con la república. En 1792, Catalina invadió la Polonia;

(1) VON SYBEL, *Geschichte der Revolutionszeit*, t. II, p. 203 y siguientes.

los Polacos llaman al rey en su auxilio. ¿Qué responde Federico Guillermo? Envía un ejército a Polonia. ¿Es sin duda para defender a su aliada? Su declaración del 16 de Enero de 1793 hace saber a los Polacos que son revolucionarios, primos hermanos de los jacobinos de París. El rey condena la constitución del 91, que acababa de aprobar. Declara que tiene por fin principal el restablecimiento del orden público en Polonia; quiere también impedir al jacobinismo el penetrar en Prusia. Termina diciendo "que se lisonjea que con disposiciones tan pacíficas podrá contar con la buena voluntad de una nación cuyo bienestar no puede serle indiferente, y a la cual desea darle pruebas de su afecto y de su benevolencia.", Siete días después de esta proclama, el rey firmó el tratado de reparto. Si no se tratase de un crimen, estaría un tentado a burlarse de la grosera torpeza con que fué cometido. Citemos aún una muestra de la habilidad prusiana. El 24 de Febrero de 1795, Federico Guillermo publicó una nueva declaración para justificar el bloqueo de Dantzig. ¿Cuáles son sus cargos? Los del lobo contra el cordero. "Tú hablaste mal de mí el año pasado," dice el señor lobo. "Esta ciudad, dice el rey de Prusia, no cesa de manifestar desde hace una larga serie de años intenciones poco amistosas con la monarquía prusiana," (1). ¡Por esto hay que anexionar Dantzig a dicha monarquía!

No diremos las lastimosas razones que alegan los historiadores prusianos para justificar ó excusar a su rey (2). Es envilecer la historia el hacerla servir a paliar los crímenes. Además hay una iniquidad irritante en censurar a Catalina y aprobar a Federico Guillermo. Lo que corona la inmoralidad del reparto es que en la época en que se consumó, la Inglaterra era la aliada de la Prusia y le suministraba subsidios para ayudarla a combatir el jacobinismo parisiense. ¿Hacia mal Fox en preguntar a Pitt qué había sido del grande amor por la moral que le había comprometido a unirse a la coalición? ¿Había otra moral para la Polonia que para la Francia? Y ¿no era Catalina II, no era Federico Guillermo los que pisoteaban todo derecho, toda justicia, todo pudor? ¿Qué? ¿En el 91 encontraba

(1) *Mémoires tirés des papiers d'un homme d'Etat*, t. I, página 163.

(2) VON SYBEL, *Geschichte der Revolutionszeit*, t. II, p. 233 y siguientes.

el rey de Prusia que todo era perfecto en la constitución de Polonia, y en el 93 la declara malísima, infectada de jacobinismo, y amenazando infestar a los Berlineses con la misma peste? ¿Cómo salva a la Prusia y a la Polonia de ese peligro? Despojando la república, apoderándose de Thorn y de Dantzig. "Yo pregunto, exclama Fox: esta política de invasión, esta violación de las leyes de las naciones, ¿no es mil veces más horrible que la conducta de los Franceses? ¡Sin embargo, Pitt, ese defensor de la moral, dejó obrar a los bandidos coronados! ¡Guarda toda su indignación para los excesos de los jacobinos! (1).

El reparto de la Polonia no satisfizo a esos rígidos defensores de la moral. Hubieran querido repartir también la Francia. La Alsacia, la Lorena, la Flandes tentaban la codicia austriaca. Pero ya en 1791, los generales de la coalición se apercibieron que el león cuya piel se había repartido tenía uñas, y que el monstruo que se llama Revolución estaba más dispuesto a conquistar que a ser conquistado. Austria, por amor a la moral, tenía hacia mucho tiempo el deseo de apoderarse de la Baviera. No podía censurarse a los Bávaros el ser jacobinos; no habían hecho revolución democrática, y ni aun sabían lo que era una constitución; la cerveza y el catolicismo bastaban a sus instintos revolucionarios. Sin embargo, se lee en el tratado de reparto del 23 de Enero, que la Rusia y la Prusia no descuidarán "ninguno de sus oficios, ni otros medios eficaces que están en su poder," para procurar la Baviera al Austria, a título de permuta, no se dice de qué; sin duda de algunas provincias belgas (2). A pesar de sus viejos años, Federico II había corrido a las armas para impedir ese proyecto de permuta. ¿Por qué en 1793 su sucesor lo apoyó? Siempre por respeto a la moral. El rey de Prusia se ponía en posesión de una parte de la Polonia por horror al jacobinismo; el emperador de Austria tenía el mismo horror; ¿por qué no permitirle el contentarse a expensas de la Baviera? Por otra parte, esos celosos campeones de la moral necesitaban una justa indemnización por el trabajo que se tomaban en defenderla contra los jacobinos y los descamisados. Tal es la moral de los reyes.

(1) PITT y FOX, *Discursos*, t. XI, p. 6-8.

(2) HEUSSER, *Deutsche Geschichte*, t. I, p. 482.

El tratado de reparto estipulaba que las potencias copartícipes continuarían la guerra contra la Francia hasta que fuese dominada la inmoralidad revolucionaria. ¡Conmovedora unión! La Rusia no tenía el menor deseo de guerrear en el Rhin; Varsovia y Constantinopla la tentaban más que el restablecimiento de la monarquía en Francia. Puede afirmarse, sin temor de calumniar a Catalina, que se alegraba de los excesos del Terror, pues que los crímenes de la Revolución daban un pretexto muy moral para empujar hacia el Rhin a los ejércitos de la Prusia y del Austria, lo que le permitía intrigar en Polonia y en Turquía. ¿Tenían más celo contra-revolucionario Federico Guillermo y Francisco I? Las pasiones políticas del rey de Prusia eran tan constantes como sus amores; le gustaba la variación. ¿Se puede hacerle un cargo porque prefería combatir al jacobinismo contra los Dantzigueses más bien que contra los ejércitos republicanos? No tardó en dejar las orillas del Rhin para ir a restablecer el reinado de la moral en la Polonia prusiana (1). En cuanto al Austria, continuó la lucha en defensa propia en Bélgica. Este es uno de los rasgos más morales de la coalición. Vale la pena de detenerse en él.

La guerra se hacía en Bélgica con una debilidad, con un abandono que admiraba a los Ingleses. Lord Elgin preguntó un día a Thugut si la intención del emperador era reforzar su ejército en los Países Bajos. "De ningún modo, dijo el ministro austriaco; no somos de esa opinión, la cosa no vale la pena." El diplomático inglés declaró que, en ese caso, la Inglaterra debería limitarse a defender la Holanda. Con gran sorpresa suya, Thugut abundó completamente en este sentido (2). "Yo caí de las nubes," escribe lord Elgin, y había por qué. El Austria no pensaba ya en repartirse los despojos de la Francia; trataba de indemnizarse en otra parte. Se le había prometido en el tratado de reparto de la Polonia los buenos oficios de la Rusia y de la Prusia para la adquisición de la Baviera. "Esto es muy vago, se dijo la corte de Viena; entre tanto que esos buenos oficios se realizan, la Prusia tiene su parte en buenas tierras y en buenas ciudades." Con este motivo tramó intrigas en

(1) HEUSSER, *Deutsche Geschichte*, t. I, p. 514, 515.

(2) VON SYBEL, *Geschichte der Revolutionszeit*, t. III, página 139.

San Petersburgo contra su aliada. La Rusia la dió oídos, porque se la habló de volver á reanudar los proyectos sobre el Oriente que José II y Catalina habían soñado en otro tiempo, antes que estallase la inmoral Revolución del 89. Pero, ¿quién sabe? Gracias á los desórdenes revolucionarios, y en la confusión de todo, tal vez hubiese medio de poder continuar esas magníficas combinaciones. Austria tomaría, por lo pronto, una parte de la Polonia en Prusia, después la Baviera, después Venecia, después las legaciones, después las provincias limítrofes de la Turquía. Esto valía más que batirse contra descamisados. Había, sin embargo, una dificultad. ¿Qué diría el comité de salvación pública? ¿Qué diría el terrible Robespierre? Y la moral, ¿qué sería de ella? La moral es buena para los tontos. Es su lote. Quedaba la República. Había un medio para contentarla. Ya se decía en París que la República debía reclamar sus fronteras naturales, la Bélgica y la orilla del Rin. ¿Por qué no dárselas? De esta manera la Rusia, el Austria y la Francia se repartían el dominio de la Europa. Y si ellas estaban de acuerdo, ¿quién se atrevería á quejarse? (1).

Muchos lectores creerán que escribimos una novela diplomática; ciertamente sería la más in-

(1) VON SYBEL, *Geschichte der Revolutionszeit*, t. II, p. 188 y siguientes; t. III, p. 138-140, 328 y sig.—HEUSSER, *Deutsche Geschichte*, t. I, p. 482, 507, 584 y siguientes.

moral de las novelas. No es nada de esto. Es el resumen de las negociaciones que precedieron al tercer reparto de la Polonia, y este nuevo atentado contenía también el germen de los mayores crímenes. Hé ahí á qué condujo la coalición, esta santa liga formada para el restablecimiento del orden moral en Europa. Austria y Prusia estaban con navaja en mano; la Rusia hacía traición á la Prusia; ninguno de los coligados pensaba ya en la guerra de principios que habían declarado á la Francia. ¿Qué digo? ¡Daban la mano á Robespierre! Sin el 9 termidor, hubieran tratado con el hombre que pasaba por el jacobinismo encarnado. El emperador estaba dispuesto á entregar la orilla izquierda del Rin á la República, si la República consentía en cederle la Baviera y la Italia. Catalina II hubiera estrechado la mano del sangriento dictador, si le hubiera permitido ir á Constantinopla. Tan sólo Inglaterra tenía interés en proseguir la guerra contra la Revolución; pero ¿era á causa de sus principios? Los principios de la Inglaterra, como la moral de la Prusia y del Austria, van dirigidos á los simples de espíritu: significan interés; no los grandes intereses de la humanidad, ni aun el interés político de la Europa, sino el interés del comercio, el interés de la aristocracia. Tal es la moralidad de la coalición. Si la causa de la coalición concluyó por ser la de la libertad, no se debe á los principios, se debe á los pueblos.

CAPITULO II

LA PROPAGANDA REVOLUCIONARIA

§ I.—Guerra de propaganda.

N.º 1.—*La Revolución y la guerra.*

I

Conocemos una de las fases de la larga lucha que ha desgarrado la Europa y que la divide todavía. Sabemos que la coalición estaba animada de todas las malas pasiones que inspiraban la política realista en el siglo XVIII. Es menester ahora ver cuál es la parte de responsabilidad que pesa sobre la Revolución y sobre la Francia. La Revolución empezó por renunciar á toda pretensión de conquista; después se hizo conquistadora, y la Francia revolucionaria no puso límite alguno á su espíritu de invasión. Aquí hay, en apariencia, una contradicción manifiesta. ¿Se puede decir que la Revolución degeneró desde el momento en que hizo la guerra y dió un mentís á las nobles promesas del 89, llevando su bandera ensangrentada á todos los países de la Europa? Esta es la opinión de un escritor de genio que merece ser escuchado, en medio de que desconocía las necesidades de la vida real para entregarse á las inspiraciones de lo ideal.

“Los sucesos, dice Lamartine, han decidido

sobre esta gran controversia; queda solamente á la historia el recoger el testimonio de los hechos. ¿Qué sucedió cuando la Francia, en lugar del apostolado de los principios, invadió los territorios de todos los pueblos? Un solo grito se levantó contra la ambición francesa; las naciones cuya independencia estaba ultrajada se ligaron para su defensa común con sus gobiernos. Los reyes se aprovecharon de este levantamiento para convertir en soldados sus súbditos; durante veinte años, la sangre corrió entre la Francia y los pueblos que esta guerra funesta impedía fraternizar en la misma fe. Aun en Francia misma el fanatismo de la soldadesca por los grandes generales se substituyó al entusiasmo por los principios del 89; los golpes de Estado de las bayonetas, las dictaduras militares surgieron de la ambición natural á soldados vencedores. La Francia fué victoriosa, pero la libertad fué avasallada, y todas las fuerzas pervertidas del patriotismo se volvieron contra la Revolución. ¿Cuál fué el resultado de estos extravíos? El advenimiento de las reformas políticas, sociales y racionales en Europa, que estaba en retraso de varios siglos